



De izquierda a derecha, Malene Vilstrup (directora), Chus Gutiérrez (directora), Carlos Fuentes (periodista), Mousa Sene Absa (director senegalés premiado), Iciar Bollaín (directora), Lola Dueñas (actriz) y Benito Zambrano (director).

BENITO ZAMBRANO

LA DIRECTORA DE 'FLORES DE OTRO MUNDO' RELATA SU EXPERIENCIA EN UN CAMPAMENTO DE REFUGIADOS SAHARAUIS

En un lugar del Sáhara...

ICÍAR BOLLAÍN

Quién me iba a decir a mí que un día me encontraría, en lo alto de una duna, en pleno Sáhara argelino, pidiendo a mi madre por el móvil que me dictara las primeras frases del *Quijote*? ¿Por qué no me las habría aprendido como Dios manda en el colegio?, me maldije perdiendo la cobertura y el equilibrio.

La idea de hacer un pequeño cortometraje con la lectura del *Quijote* en los campamentos de refugiados saharauis surgió de pronto en el aeropuerto de Barajas, mientras un variopinto grupo de gente de cine, periodistas, eurodiputados de todos los partidos, talleristas, y apuntados por Internet, nos dirigíamos al II Festival Internacional de Cine del Sáhara. Benito Zambrano, Chus Gutiérrez, Javier Corcuera, yo misma y el actor Alberto San Juan acordamos asumir esta pequeña superproducción y recordar así nuestro compromiso con un pueblo cuya segunda lengua es el español y pedir, por qué no, un Instituto Cervantes para los campamentos de refugiados en Tinduf. Teníamos cámara y equipo, la cuestión era: ¿Habrá un *Quijote* en el campamento?

En Auserd habría, eso era seguro, unas 40.000 personas, que, junto a los otros tres campamentos de refugiados saharauis, esperan desde hace 30 años que se les permita volver al Sáhara Occidental, su tierra. Mientras, sobreviven en unas condiciones de total precariedad en medio literalmente del desierto. De hecho, eso es lo más me impresionó al llegar a Auserd, tras una hora por una pista de arena desde Tinduf. Las casitas y *jaimas* de la *wilaya* se levantan literalmente en medio de la nada. No hay un pájaro, ni un árbol, ni una hierba. Ni siquiera una hormiga. Sólo viento y arena. A 200 kilómetros queda un muro y un campo minado que les separa de Ma-

La idea de hacer un cortometraje con la lectura del 'Quijote' en los campamentos de refugiados saharauis surgió de pronto en el aeropuerto de Barajas

¡Bingo! Nuestro colega Javier Corcuera nos anuncia que ha encontrado el 'Quijote'; bueno, más bien un trozo del mismo, el capítulo 23 para ser exactos

Además de las películas, el festival ha traído cinco talleres de cine en su voluntad de dejar algo más que un recuerdo bonito de las proyecciones

rruecos y los territorios ocupados, de sus familias, muchas veces divididas tras la guerra.

En 1975, España dejaba el Sáhara Occidental en manos de Marruecos y Mauritania, sin atender a la petición de independencia de sus habitantes, el pueblo saharauí. Marruecos inicia entonces una guerra y una ocupación, la famosa *marcha verde*, en la que cientos de marroquíes, pobres, impulsados por el Gobierno, toman las casas y ciudades que los saharauis fueron dejando, expulsados por el napalm que arrojaba el ejército marroquí. Las mujeres y los niños huuyeron al desierto argelino, donde levantaron, sin la ayuda de los hombres, que estaban en la guerra, los campamentos en los que nos encontramos. Las *jaimas* se conocen así por el nombre de las mujeres que las habitan. La nuestra es la de la señora Juella, viuda desde hace tres años. Con ella viven dos hijas y un hijo, con sus respectivas familias, que inmediatamente nos adoptan. Las niñas se convierten en nuestras intérpretes y también en lazarillos para ayudarnos a salir y entrar del laberinto de *jaimas* que constituye el campamento.

El rito del tiempo

En una pequeña habitación de adobe, cubierta de alfombras y almohadones, la señora Juella nos acomoda a Chus Gutiérrez, Alberto San Juan, Lola Dueñas, Benito Zambrano, un periodista canario, Carlos Fuentes; una directora danesa, Malene Vilstrup; al director senegalés Mousa Sene Absa, y a mí. Sentada, Juella dispone para todos un té, rito que puede llevar largo rato, incluso horas. Si hay algo de lo que disponen los saharauis es de tiempo. Y el ritmo es otro. Se acabó la prisa; ahora se trata de estar, de convivir, mientras se sirve un té, y otro, mientras se habla como se puede, a veces a través de los niños, a veces con la mirada, una sonrisa, un gesto de cabeza.

¡Bingo! Nuestro colega y vecino de *jaima*, Javier Corcuera, nos

anuncia que ha encontrado el *Quijote*; bueno, más bien un trozo del mismo, el capítulo 23 para ser exactos, de donde podremos extraer distintos textos para la lectura. Pero necesitamos también las primeras frases del texto cervantino, que nadie recuerda claramente... Son las doce de la noche, estamos en el concierto de Javier Ruibal que inaugura el festival y el equipo de directores se compromete para iniciar el rodaje al día siguiente, por turnos, en diferentes lugares del campamento. Por mi parte me comprometo, si mi móvil me da cobertura, a conseguir las palabras exactas con las que arrancan las peripecias del *Quijote*.

Además de las películas, el festival ha traído este año cinco talleres de cine en su voluntad de dejar en los campamentos algo más que un bonito recuerdo de las proyecciones. De hecho, el material técnico con el que se imparten los talleres quedará allí junto con la videoteca iniciada en el anterior certamen. No puede pervivir la historia de un pueblo si no lo hace su cultura, su música, su literatura o su cine, como se dijo en una de las mesas redondas sobre el papel de la cultura en los conflictos internacionales. Y con mayor razón cuando se vive en un rincón del mundo, fuera del lugar que legítimamente les pertenece y fuera de la agenda política de la comunidad internacional.

"... no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor". Mi madre está segura de que es así, pero no recuerda más. Será mi hermano quien, un tanto confuso (no acaba de entender si estoy en el Sáhara o en un concurso), me dicta el siguiente párrafo mientras hago verdaderos equilibrios sobre la duna para escribir y coger cobertura al mismo tiempo.

Leila, con el campamento y el desierto de fondo, las leería poco después con una voz dulce de niña y un acento suave, a veces enredado en el castellano antiguo de Cer-

vantes. Siguió el rodaje Chus, sobre un pequeño cerro pelón, rodeando con la cámara a una mujer que leía mientras el viento le agitaba el vestido. Benito se metió en una *jaima*, donde otra mujer hizo su lectura para los niños que la escuchaban mientras se preparaba el té.

Entretanto, las proyecciones y las presentaciones se sucedían, con algún que otro sobresalto: *Flores de otro mundo*, que se proyectaba esa noche, sufrió varias interrupciones en los momentos interesantes por parte de un censor espontáneo (el Polisario había dado instrucciones para que no hubiera censura), y que provocó la protesta de los presentes. En el suelo, sobre una gran alfombra o sobre la arena, bajo un cielo espectacular cuajado de estrellas, los saharauis contemplaban las películas a pesar del frío, atentos muchas veces, charlando y riendo otras, moviéndose, llegando y marchando, haciendo de las proyecciones algo vivo, festivo, poco ceremonioso. Milagrosamente el programa se cumplía, aunque no en el horario previsto, pero a nadie parecía extrañarle. Los invitados llegábamos a nuestras citas, y volvíamos a nuestras *jaimas* sanos y salvos en medio de la noche cerrada, sin una luz, sin un solo punto de referencia...

Quizá uno se olvida de su impaciencia, admirado por la capacidad de organización de esta gente, del orden en el que viven a pesar de las circunstancias, de la dignidad con la que llevan un día a día lleno de carencias. Sin más agua que la que traen los camiones cisterna, sin más luz que la que les proporciona una batería de coche y sostenidos siempre por la ayuda internacional, en el campamento se respira una rara tranquilidad. Los niños son seguramente quienes más disfrutan de la libertad total después del colegio, de la vida matriarcal en las *jaimas*.

No viven nuestras prisas, nuestro estrés, nuestra falta de tiempo para ellos, nuestros atascos ni la soledad de cada uno metido en su piso, en su habitación. Aquí juegan entre los adultos en el espacio común de la *jaima* o en el exterior sin peligro ninguno. Pero a los adolescentes la *jaima* se les ha quedado pequeña y tienen una energía que bulle y empuja y que es controlada con malos modos, como en el concierto de clausura, por la policía del Polisario. Son adolescentes que han viajado a España siendo niños, acogidos por familias españolas para pasar el verano, y que han visto lo que hay allí, lo que aquí no tienen ni tendrán nunca.

Son parte de ese 70% de la población saharauí refugiada que nunca ha visto los territorios ocupados, para quienes las cuatro ciudades de la que toman los nombres los campamentos son una quimera, un sueño de sus mayores. Para ellos quizá el futuro se presente más claro en España, en Europa, donde puedan trabajar y hacer una vida distinta. Para ellos es para quienes la vida en el desierto, la espera a que se celebre el referéndum que les devuelva su tierra se hace cada vez más cuesta arriba. Para ellos y para los jóvenes universitarios, preparados muchos en Cuba, como Omar, a quien enviaron a los ocho años a estudiar y apenas acaba de volver, 14 años después. Son jóvenes universitarios que asumen el doble choque de dejar atrás Cuba, donde han pasado más de la mitad de su vida y volver a la vida en el desierto. Porque, ¿puede haber mayor contraste entre la sensualidad del Caribe, del mar, de la música y el baile, y el desierto, la arena y las